

La evangelización en el cristianismo naciente

Tras Pascua, los discípulos del Mesías comienzan un proceso de conversión, meditando las palabras y hechos del Señor a la luz de las escrituras. Como consecuencia, se transforman en testigos de Cristo muerto y resucitado e inician una experiencia pascual que los convierte en creyentes de Jesucristo y en predicadores misioneros. De este modo llegan a la confesión de la fe, cuyo núcleo más primitivo es éste: “el Mesías murió por nuestros pecados, como lo anunciaban las escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día, se apareció a Pedro y más tarde a los Doce” (1 Con 15, 3-5). Así se abre a horizontes ilimitados la misión confiada a los discípulos, de tal forma que la Iglesia nace siendo misionera y católica. Se va dando una progresiva toma de conciencia con una praxis variedad y pluriforme.

La predicación del kerigma cristiano

El mensaje, recibido y transmitido por Pablo, es denominado kerigma o mensaje que se proclama. “Keryssein” significa en el nuevo testamento “proclamar el evangelio”, es decir, evangelizar, ya que se proclama el kerigma como evangelio o buena noticia. Marcos llama asimismo evangelio a su relato. El kerigma de la Iglesia primitiva se expresa como confesión de fe: Jesús de Nazaret, el crucificado, ha sido resucitado por el Padre en el poder del Espíritu.

Convencidos de la buena noticia, los apóstoles y los discípulos se entregan a un ministerio de predicación acompañado de ciertos signos. Son enviados por el Resucitado como testigos para el evangelio llegue hasta el fin del mundo. Esta actividad es denominada asimismo con la expresiones anunciar y proclamar. Recordemos que el primer acto de Jesús consistió en proclamar (Mc), enseñar (Mt) o testimoniar (Lc, Hch).

La apertura hasta los confines de la tierra

El tema de la misión universal de la Iglesia domina y configura la totalidad de los Hechos de los Apóstoles, que se presenta como continuación del tercer evangelio.

El programa misionero enunciado en Lc 24, 46-49 viene recordado una vez más en Hch 1, 8.

1. La primera fase de la evangelización cristiana, tras una etapa preliminar de espera para recibir la fuerza del Espíritu (Hch 1, 15-2,13), se centra toda ella en la ciudad santa de Jerusalén (Hch 2, 14-8,3). El protagonista indiscutible de la misma es Pedro, quien ya el mismo día de Pentecostés toma la palabra para dirigirse a los “judíos y habitantes de Jerusalén”. Es en Jerusalén donde, gracias a un testimonio avalado con signos prodigiosos, va formándose una comunidad que se caracteriza por una cuádruple perseverancia: en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en la oración. El crecimiento de la comunidad se ve acompañado de una oposición cada vez más fuerte por parte de las autoridades judías, oposición que culminará en la muerte del primer mártir cristiano y en una gran persecución contra toda la Iglesia de Jerusalén.
2. Con la muerte de Esteban y la persecución subsiguiente se ensancha paradójicamente *el escenario de la misión por las regiones de Judea y Sabría* (Hch 8, 4- 12.25). Aunque los apóstoles siguen en Jerusalén, el mensaje del evangelio traspasa las barreras de la ciudad santa para adentrarse en la periferia por obra de los cristianos que se dispersan. El helenista Felipe lleva a cabo dos acciones significativas: evangeliza a los samaritanos y bautiza a un funcionario etíope en el camino que va de Jerusalén a Gaza (Hch 8,4-40): Tras una serie de prodigios en Lida y en Jafa (Hch 9, 32-43), el primero de los apóstoles se ve instado en Cesarea a recibir en el seno de la Iglesia al pagano Cornelio (Hch 10,1-11,18). La Iglesia franquea ya definitivamente la barrera étnica, estableciendo un principio firme e inviolable: “también a los gentiles ha concedido Dios la conversión que lleva a la vida” (Hch 11.18).
3. De esta consolidación y dilatación *hasta los confines de la tierra* (Hch 13-28), se encargará fundamentalmente Pablo, llevando a cabo de este modo el objetivo de su elección (Hch 9,15). Su actividad se despliega a lo largo de cuatro grandes viajes, incluido el de su cautividad en Roma. En ningún momento se ve libre de dificultades internas y de persecuciones externas, que, lejos de constituir un obstáculo para la difusión del evangelio, se convierten en la mejor garantía de éxito. merece la pena destacar el conflicto en el que Pablo se ve envuelto por causa de las discrepancias en el interior de la comunidad cristiana sobre las condiciones exigibles para la admisión de los paganos en el seno de la Iglesia (cf. Hch 15,1-35). La resolución es de un alcance extraordinario; con ella recibe la misión apostólica un estímulo sin precedentes. La fe queda constituida en fundamento único de salvación y la Iglesia adquiere así su propia identidad y su propia autonomía frente al judaísmo.

La predicación del evangelio de Dios por Pablo

Como testimonio personal, los escritos del apóstol Pablo son de un valor inestimable. Parte de una experiencia que él mismo describe en términos tan sencillos como éstos: “Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles” (Gal 1,15-16; cf. 1 Cor 9,1; 15,1-11; Flp 3,7-11). A esta misión se entregará el apóstol por completo, predicando el “evangelio de Dios” (cf. Rom 1, 3-6) tanto en las sinagogas como en las plazas de las grandes ciudades, tanto ante judíos como ante paganos, tanto ante esclavos como ante personas libres, tanto de palabra como por escrito. Durante unas tres décadas, su tarea será fundamentalmente ésta: anunciar incansablemente, hasta las extremidades de la tierra, la buena nueva de la salvación por la fe en Cristo Jesús. Bien se le puede considerar como el mayor misionero del cristianismo naciente.

De sus escritos se desprenden tres rasgos de especial relevancia: es un apóstol con *disponibilidad plena para moverse* y marchar adonde más se le podría necesitar; su atención se centra siempre en los grandes centros urbanos. Es un apóstol entregado por completo *al servicio de la reconciliación y de la solidaridad*; se siente comprometido a superar las profundas rupturas que entonces dividían a la humanidad, formada por griegos y bárbaros, paganos y judíos, pobres y ricos, esclavos y libres. Es un apóstol con asombrosa capacidad para *movilizar a las personas y programar un trabajo articulado y eficaz*, siempre aparece como un óptimo organizador y un auténtico líder de equipos misioneros suficientemente elásticos, donde hay colaboradores permanentes y donde no tampoco faltan los colaboradores ocasionales.